

¡SALUTACIÓN!

EL CUENTO DE LOS MIL AMORES

LA secretaria privada (tan privada que parecía íntima) del secretario particular del presidente electo lo mandó llamar una semana escasa antes del glorioso 1º de diciembre. Le recomendó la mayor reserva, y de allí su primer problema: cabía la duda de si podía contárselo a su mujer, puesto que se le había pedido la mayor, pero no la máxima reserva. Menos inseguro se sentía en cuanto a los hijos, ya que éstos sólo cabrían de habérsele dicho "reserva" a secas, o, un poco mojadamente, "con la reserva del caso". A los amigos podía excluirlos sin vacilar ya que no se le dijo "¡proclámelo a voz en cuello!"

Optó por pasarle la sensacional noticia a su mujer, si bien exigiéndole guardar el más absoluto de los secretos. Tan preocupado estaba con que esta debilidad pudiera estropear el fulgurante porvenir que esa llamada telefónica le abría, que no pudo evitar conminarla --él, tan fino y amoroso como era con su cara mitad-- con estas feas palabras: "si se te sale media palabra, ¡te corto la lengua!" La mujer quedó paralizada de terror: inteligentísima como era, percibió en seguida que su marido no le había dicho "si dices media palabra", sino "si se te sale media palabra" es decir que podía perder la lengua no por un acto voluntario suyo, sino por uno simplemente mecánico, como ese tan frecuente en ella de sobresalirle el fondo de la falda.

DECIDIÓ compensar aquel primer desliz prescindiendo del chofer para dirigirse a la casa del presidente electo, y esto a pesar de su reciente juramento de no volver a guiar un automóvil después de haber embestido al pobre lechero del barrio. En efecto, aún no se le olvidaba aquella escena del lechero, a quien en su imaginación vio hecho trizas, muerto, en el pavimento, cuando en realidad estaba graciosa y cómodamente sentado en el cofre del auto.

Mal chofer y con un ánimo tan exaltado, resolvió emprenderla una hora antes de la cita, cuando la mitad de ese tiempo habría bastado a cualquier ser normal. No quiso, por supuesto, gastar los treinta minutos que le sobraban acurrucado en su auto frente al zaguán de la casa del "señor Presidente", según comenzó a llamarlo desde ese día, porque eso habría denunciado su vivísimo interés en averiguar a qué y por qué era llamado. Rápidamente salió del auto y a grandes trancadas ganó una calle lateral solitaria. Ya en ella, caminando a paso normal, se puso a meditar.

AQUELLA perspectiva era, sencillamente, un milagro. Ciertamente que ese Señor Presidente era el primer jefe de estado "universitario" que la Revolución Mexicana había dado en sus treinta y cinco años de existencia; pero él mismo, el llamado o elegido, había dicho y repetido que el título de abogado no podía eximir a nadie de mostrar ese certificado de alfabetismo que la secretaría de Educación extendía gozosa a los que aprendían a leer y escribir. Ciertamente también que él, el llamado o elegido, fue alguna vez profesor de aquel Señor Presidente; pero eso había ocurrido trein-

ta y cinco años antes. Y todo ello sin contar con que siendo él, a buen seguro, si no el más brillante, al menos uno de los más brillantes profesores de la escuela de Derecho, en primer lugar existían otros dos en la cátedra que él profesaba, y en segundo, todos los estudiantes pasaban por las manos de otros veinticinco maestros más. Honrada, honradamente, podía uno preguntarse a título de qué el Señor Presidente podía singularizarlo a él como da la flecha en el corazón del blanco.

HONRADA, honradamente, él no tenía en su haber sino haber esperado aquella llamada, hazaña no pequeña si se calibran las circunstancias. Durante dos meses eternos, había clavado a su mujer en el teléfono de casa de las 9 a las 18 horas. Y él había ordenado en su oficina que sólo él recibiría las llamadas de fuera.

Esto, enojoso, en realidad extenuante, era, después de todo, hacedero; pero ¿cómo atender el teléfono en la noche, digamos de las once a las seis de la mañana? Las recámaras estaban al fondo del segundo piso, y el aparato aquel al frente del primero, en realidad en el vestíbulo, a la entrada. Aun dejando abiertas de par en par todas las puertas interiores, no podía confiar, ya que ninguno de los ocho moradores de la casa parecía tener un oído excepcional.

Pero nada: a las once de una soleada mañana sonó el teléfono de su oficina y él mismo, en consecuencia, recibió aquella misteriosa invitación.

LA conversación con el presidente electo resultó brevísima...

¡un minuto pelón! Se redujo a una pregunta: "¿estaría usted dispuesto a colaborar en mi gobierno?", y a esta respuesta: "de mil

amores".

Esto bastó, sin embargo, para que el llamado convocara para esa misma noche a una cena a la que asistimos diez matrimonios. Advertimos, desde luego, la alegría desbordante de nuestros anfitriones, que no supimos a qué atribuir, ni siquiera a un premio menor de la lotería. Pero despachados el café y el licor, el llamado fue invitando a cada uno de los varones a un gabinete estrecho anexo a la sala. Los que nos quedábamos en ésta aguardando el turno, oíamos distintamente las risas, y, sobre todo, las palmadas en el lomo del llamado. Yo fui el último, y cuando me contó punto por punto la conversación, no pude reprimir la pregunta: ¿a colaborar en qué?

--No lo sé todavía,-- me contestó muy orondo. Y aun hoy, veinticuatro años después, aún no lo averigua, si bien atribuye su fracaso a esa respuesta suya "de mil amores", pues si algún campo de actividad quiso reservarse en exclusiva el nuevo Ejecutivo era ése de los amores, el de las Mil y Una Noches... amorosas.